Coleccionista de amor:

Relatos desde el corazón de una mujer

By

Judith Glynn

Capítulo uno

Para Leah Lynch no era inusual devolver el apretón de manos a su compañero de asiento. Lo había hecho antes con otros desconocidos, sobre todo en vuelos largos. A menudo lo casual del gesto daba pie a una conversación interesante. En esta ocasión, el avión despegaría en Nueva York, atravesaría los oscuros cielos del Atlántico y aterrizaría en Madrid a la mañana siguiente.

-Hola, soy Miguel Santiago -dijo su compañero de asiento, extendiendo la mano. Hasta ese momento, apenas le había prestado atención-. Gran noche para volar, ¿verdad?

-Una noche perfecta. Encantada de conocerte. Me llamo Leah Lynch -dijo, devolviendo su firme apretón de manos.

Una vibración desconcertante la estremeció de la cabeza a los pies cuando sus ojos se encontraron. Pero no reaccionó visiblemente a su tacto o a la intensidad que sintió. Se limitó a devolverle la sonrisa, deslizar la mano separándola de la suya y girarse para volver a ordenar los artículos en el bolsillo de su asiento.

-¿Primer viaje a España? -preguntó él, y enderezó su asiento mientras las azafatas cerraban los portaequipajes elevados.

-No, he hecho este viaje muchas veces -dijo ella, fascinada por el fulgor sexual que irradiaba aquel hombre.

El rostro color aceituna de Miguel, con esa sonrisa de oreja a oreja, era un placer para la vista. Algunos cabellos grises moteaban su denso pelo castaño peinado hacia atrás con suaves rizos que apenas rozaban el cuello de su camisa almidonada de raya diplomática. Sus penetrantes y fogosos ojos marrón oscuro complementaban una mirada tremendamente atractiva. Un aura profesional le rodeaba. Todas las personas de éxito comparten ese rasgo inconfundible. Calculó que su edad debía estar en los cincuenta y pico, similar a la suya. Su voz era un profundo barítono, del tipo que se escucha en los anuncios persuasivos. A cualquier mujer receptiva le encantaría una llamada erótica suya a las dos de la mañana, preguntando si le gustaría tener un invitado para el resto de la noche.

-Por favor, eleve su asiento -le dijo la azafata a Leah, devolviéndola a la realidad del momento.

Obedeciendo, se preparó para el largo vuelo quitándose los zapatos y poniéndose unos finos calcetines marrones de la aerolínea. Acostumbrada a volar y visitar España, había escrito artículos de viaje y populares novelas románticas que tenían el país como escenario. Años atrás había vivido en Madrid y desde entonces había regresado en varias ocasiones. Los antiguos edificios de piedra, la intensa luz del sol, la pureza de la luz de la luna y la sensual delicadeza del país, calmaban y excitaban su alma. Sin embargo, independientemente del propósito de la visita, el placer del romance siempre estaba presente. Ya fuera simplemente coqueteando con hombres, haciendo el amor o disfrutando mirándolos, España y ella se entendían. España era su Meca.

Sin embargo, este viaje de tres semanas a Madrid le generaba una ansiedad que no podía evitar ni explicar. Cuando llegó la limusina para llevarla al aeropuerto, ella ya estaba esperando frente al edificio de su apartamento. Casi siempre que habían venido a recogerla (había dejado de utilizar el taxi y prefería el lujo de una limusina), había hecho esperar al conductor. En esta ocasión, el chofer salió del coche cuando la vio, colocó sus dos maletas en el maletero y le abrió la puerta para que se deslizara al asiento trasero de cuero.

-Solo por confirmar, señora. ¿Salidas internacionales del aeropuerto Newark? -preguntó por encima del hombro, antes de sumergirse en el tráfico.

-Eso es -dijo ella, comprobando su documentación de viaje una vez más.

~~~~

Leah se veía invadida por una sensación de aventura siempre que volaba. Esta noche no era una excepción, mientras los motores rugían aumentando la velocidad y los pasajeros guardaban silencio poco a poco. Cuando el avión entró en la pista de despegue, miró por la ventana ovalada para ver los edificios recortados en el horizonte, iluminados a contraluz por un atardecer carmesí. Nueva York había sido su hogar durante muchos años. Sin embargo, necesitaba la soledad que iba a rodearla en España (sobretodo porque apenas hablaba español) para ocuparse de su agenda mental y alcanzar un nivel más profundo de auto evaluación.

Las décadas de libertad desde su divorcio le habían proporcionado muchos ataques de risa, un sexo increíble, incluso un breve noviazgo; pero ese estilo de vida quedaba ahora atrás. Aunque había jurado no volver a casarse nunca, un amante y compañero entregado era una meta más realista, ahora que recorría la madurez. "Cambia tus pensamientos para cambiar tu vida." Éste era su nuevo lema.
~~~~

Por otra parte, estaba la boda de su hija Dana. A Leah le aterrorizaba el acontecimiento inminente. Significaba un regreso a su ciudad natal de Rhode Island. Su divorcio de Jim, el padre de Dana, era parte de un pasado ya cicatrizado y él se había vuelto a casar. Leah, sin embargo, acudiría sola a la boda. Muchos conocidos de la ciudad se cuestionarían su éxito y sus opiniones mundanas, sin un hombre a su lado.

El último aliciente en su consciencia respecto al viaje a España (de hecho era el primero, pero no podía admitirlo) era ver de nuevo a Javier después de un largo paréntesis. Habían compartido una ardiente aventura cuando Leah vivió en Madrid después de su divorcio y habían mantenido el contacto a lo largo de los años. Cuando Javier supo de su próximo viaje a Madrid, le preguntó si pasaría una noche con él en Salamanca. La hermosa ciudad medieval estaba a tres horas en coche de Madrid.

-Reservaré dos habitaciones. Tú decides dónde quieres dormir. Tenemos mucho de que hablar después de todos estos años. Quiero que sepas que aún te tengo en el corazón –dijo él.

-Ahora todo es diferente entre nosotros, ¿verdad? -dijo Leah e hizo una pausa-. Lo suficiente para quedar contigo en Salamanca.

Una vez que el avión estuvo en pleno vuelo, el carrito de las bebidas llegó traqueteando por el pasillo. Leah evitaba el alcohol en los vuelos nocturnos después de años de aterrizajes aturdidos. Siempre llevaba una pastilla para dormir en el bolso. Se la había tomado y esperaba dormir algunas horas antes de llegar a Madrid. El personal de vuelo sabía que no debía molestarla para la cena.

-¿Te apetece una copa? -preguntó Miguel, el compañero de asiento de Leah.

-Claro, ¿por qué no? Tomaré un vino tinto.

-Y para mí un White Label con hielo -dijo Miguel, pagando las dos bebidas.

-Gracias por la invitación.

-Un placer. Por un buen viaje -brindó, mientras hacían chocar los vasos de plástico.

-Por supuesto, por un buen viaje -Leah observó que no llevaba anillo de casado.

-Bueno, ¿y qué hay de ti? ¿Es tu primer viaje a España? -preguntó Leah, girándose en su asiento para mirarle. En cierto modo se sentía obligada a iniciar una conversación después de su generosidad. Además, empezaba a tomar forma cierto ambiente de celebración.

-Segundo viaje. El año pasado completé el Camino de Santiago. Tardé tres semanas. Caminé la mitad de la ruta y el resto lo hice en bici.

Su viaje por tierra había comenzado en León, una provincia del norte de España y había finalizado en Santiago de Compostela, una ciudad localizada en Galicia, junto al Atlántico.

-Debes ser un hombre muy espiritual -supuso Leah, que sabía que la solitaria peregrinación requería una resistencia especial para llegar a la catedral y al sepulcro del Apóstol Santiago. Al completarlo, Miguel se unía a un selecto grupo con más de mil años de tradición.

-No soy un devoto. Lo hice para poner a prueba mi capacidad física y porque me encanta viajar por España. Además, la catedral lleva parte de mi nombre, lo cual me parece curioso.

Quizá fuera la cercanía de sus asientos la que los mantuvo charlando después del despegue, permitiendo a Leah descubrir que Miguel había nacido en España y había emigrado a Virginia con su familia, siendo todavía un niño. Pero Estados Unidos nunca se había asentado en su corazón. Siendo adulto, compensó su desapego con viajes frecuentes a países mediterráneos. A la vuelta de España le esperaba la dirección de la

empresa familiar, la joyería Santiago Bros. Jewelry Company, aunque no demostró mucho entusiasmo por el nuevo puesto. Si su familia no hubiera dirigido su carrera, Miguel se habría decantado por las artes. Poseía una valiosa colección de arte moderno y organizaba exposiciones para pintores emergentes. Entre sus gustos musicales se encontraban la ópera, el jazz y el country. Leía con voracidad, sobretodo los clásicos y literatura de vanguardia; no le gustaba el deporte y solo veía películas de cine independiente.

-¿Has estado casado alguna vez? --preguntó Leah.

-Una vez. Fue breve y hace décadas. No tuvimos hijos. Me temo que no se me da bien elegir a la mujer adecuada.

Ahora en la madurez y después de una sucesión de novias, vivía con Susan Ingram, una mujer divorciada, madre de tres hijos ya mayores que vivían por su cuenta.

-Anoche mientras hacía las maletas me preguntó si nos casaríamos pronto -dijo.

-Es una pregunta lógica. Vivís juntos. ¿Te casarás con ella?

-Le dije que no estoy preparado -respondió bruscamente-. Es extraño, ¿verdad? No la he incluido en este viaje y acabamos de irnos a vivir juntos.